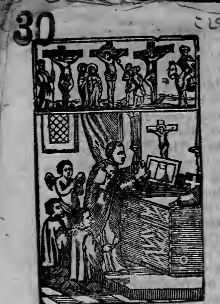




CARTA APARECIDA á un Santo Sacerdote encima de la Patena celebrando el Santo Sacrificio de la Misa, en este presente año, con la Imágen de Consolacion de Utrera, cuyo contenido verá el curioso lector.

Al divino consistorio
de la trinidad suprema,
Padre, Hijo Espíritu Santo,
tres personas y una esencia
al cual humilde y postrado,
le suplico me conceda
gracia para publicar
el grande amor que nos muestra
nuestro redentor Jesus,
Rey de los cielos y tierra,
y lo mal agradecidos
que somos á sus finezas.
Para alcanzar este don,
pediré á la Madre tierna
de todos los pecadores,
que con su Hijo interceda,
que ilustre mi tosco númen
y que dirija mi diestra:
á vos acudo, Señora,
á tu grande omnipotencia,
Virgen de Consolacion,
que con tu Hijo intercedas
para que me dé su gracia
y pueda seguir mi idea.
Asi lo espero, Señora,
de vuestra Piedad suprema,
saludándoos primero,
con las palabras escelsas
del glorioso paraninfo
Ave Mater, gratia plena.
En la populosa Roma,
donde está la silla régia
del Vicario de Cristo,
su representante en la tierra,
en este presente año
de la cristiana Era,
en la que vino el Mesias
á abrirnos la gloria eterna,

reside allí un Sacerdote
santo de naturaleza,
á quien nuestro Ser Supremo
ha mostrado su clemencia
con una divina carta
que halló sobre la Patena,
cuando estaba celebrando,
el sacrificio que reza
de la Pasion de Jesus,
nuestra católica iglesia,
cuyo contenido es
en todo al pie de la letra:
«Hijos mios muy amados
redimidos con las penas
que padeci en mi Pasion
y aquella muerte cruenta,
me teneis muy ofendido,
y tanto que si no fuera
por los ruegos de mi Madre
que está de abogada vuestra,
ya os hubiera destruido,
y sumergido en eternas
penas. de aquel cancervero
hidra de siete cabezas,
procurad en enmendaros,
que si descargo mi diestra,
no os han de valer plegarias,
sacrificios ni promesas.
Sea esta, amados mios,
ya la última advertencia,
porque ya no puedo mas,
y se me apura la paciencia.
Observar mis mandamientos,
y tambien los de la iglesia
respetando lo sagrado
de los domingos y fiestas,
dedicándoos á orar
y no trabajar en ellas.
Procurad hacer bien
por aquellas almas bellas
que estan en el purgatorio
y os dejaron sus riquezas.
Amad al prógimo en todo,
socorredle con franqueza,
de la bendita limosna,
en aquello que se pueda.

No ultrageis mí sacro Nombre,
ni el de mi madre escelsa,
con injuriosas palabras,
maldiciones ni blasfemias,
mirad que lo llorareis
cuando remedio no tenga:
pues si suelto mi justicia
os ha de tragar la tierra,
mandaré perros rabiosos
que con crueldad os muerdan:
padecereis hambres, sed,
pestes y sangrientas guerras,
terremotos y huracanes
piedras, rayos y centellas,
que en un todo os aniquillen
y os consuman las haciendas.
Si no fuera por el llanto
de mi pura madre y reina,
santos Francisco y Domingo,
tambien de santa Teresa,
y Angeles de vuestra guarda
que por vosotros me ruegan,
ya hubiera acabado el mundo
y ningun ser ecsistiera.
Este es el último aviso
que os anuncia mi clemencia,
y creed que aquesta carta
es de mi mano y mi letra,
que dejo depositada
en la singular patena
de D. Nicolas Vicente,
ministro de mi grandeza,
que merece le distinga
sobre todos en la tierra,
y aquel de que ponga duda
que aquesta carta no es hecha
de mano del mismo Dios,
no es religioso de veras:
pero el que la trasladare
y llevare con firmeza
depositada en su pecho,
teniendo sincera fé,
puede alcanzar del Señor
auxilios en todas sus penas;
y á todo el que la publique
para que circular pueda,

inclinando á los cristianos
á ser fieles á la Iglesia,
merecerá del gran Dios
Salvador de Cielo y tierra
un alto premio de gloria
si humildemente confiesa
con dolor de haber pecado,
los males y las ofensas
que á un ser todo poderoso
le hizo con su indolencia.
Tambien para las mugeres
concedo la preeminencia,
llevàndola con fervor,
el librarlas de las penas
con tal de que se confiesen
y se arrepientan de veras.
Y en fin á todo devoto
que con una intencion buena
traslade, publique ó lleve
esta carta verdadera,
le concederá mi gracia
y alcanzará mi indulgencia.»
Ahora pues, pecadores,
no perdais la ocasion esta.
prometed al Dios supremo
una verdadera enmienda
haced con gran devocion
lo que esta carta os ordena
que son los actos de fé,
guardar los dias de fiesta,
ayunar lo que podais,
y al prógimo amar de veras.
Apartarse de rencores,
vanidades y soberbias;
acordaos de la muerte,
que cuando menos se piensa
suele tirar su guadaña
y acabar nuestra existencia.
Temed el tremendo dia
en que paseis á dar cuenta
de vuestra errada conducta
al que todo lo gobierna.
Considerar que vendrá
aquella hora tan cierta
que la Magestad divina
Señor de cielo y tierra,
os juzgue vuestros delitos
y obre su justicia recta.
Y tambien se presentará
con palabras lisonjeras
el furibundo Ante-cristo
en trage, forma y manéra
del verdadero Señor
para que sigais sus huellas
y obligaros con falacia
á la perdicion eterna.
El mundo se ardera en fuego
segun las divinas letras,
los montes unos con otros
tropezarán con fiereza,
el mar saldrá de su centro
y caerán las estrellas.
Pues cristianos por la sangre
que derramó con mil penas,
nuestro Redentor Jesus
en su pasion verdadera,
y los acerbos dolores
que pasó su Madre escelsa,
que os enmendeis en todo
y os arrepentais de veras:
recoged aquesta carta
y no hagais escarnio de ella,
mirad de que el mismo Dios
para ostentar su grandeza
ha permitido que un niño
ciego y mudo de nacencia
por un grandioso milagro
aquesta carta leyera,
la que con suma atencion
oyeron gentes diversas,
y mandó su Santidad
que esta carta se estendiera
en la religion cristiana
porque nos sirva de regla.
Asi, no perdamos tiempo
ya que el mismo Dios nos muestra
el camino para ir
á gozar de su presencia
en la celestial Sion
que mi fé á todos desea.

AMEN.

SUPLICA AFECTUOSA DE UN PECADOR ARREPENTIDO.

Oye, dueño de mi alma,
dulce Padre de mi vida,
á un pecador que te llama,
y con voz muy dolorida
á tu tribunal hoy clama;
Yo soy aquel atrevido
y obstinado pecador
que en la culpa endurecido
no he conocido, Señor,
lo mucho que te he ofendido,
Mas contrito y humillado
llego á tus pies, Señor mio,
confesando mi pecado:
y en tu clemencia confio
he de salir perdonado.
Soy aquella obeja errante
que sali de tu rebaño
pero tú Pastor amante,
para remediar mi daño,
me buscásteis vigilanté.
Me revelé contra ti,
y de mi mismo olvidado,
siempre en pecado vivi,
pero al verte tan llagado,
lloro, pues soy quien te herí.
Yo solo la causa he sido
de tu tormento tirano;
y aunque te vide caido,
en vez de darte la mano,
mas ingrato te he ofendido.
Si me paro á contemplar
Dueño mio, quien sois vos
no ceso de suspirar,
pues te ofendi siendo Dios,
que me puedes condenar.
Esa corona de espinas,
y ese madero pesado,
con que al calvario caminas
en tu persona han llagado
hombros y sienes divinas.
Confieso que te ofendí,
y de tu muerte afrentosa
yo solo la causa fuí:
pero tu sangre preciosa,
Señor, no se pierde en mi.
Pedro, de ti tan amado
fué en negarte fementido,
cometiendo gran pecado
mas mereció ser oido,
despues de haberlo llorado.
Perdonaste á Magdalena
(siendo tan gran pecadora)
de la culpa y de la pena
que no arrastra quien te adora
del infierno la cadena.
A Dimas el buen ladron,
que desde la Cruz clamaba,
le concedisteis el perdon,
y al otro que blasfemaba
negaste la salvacion.
Llora, llora, pecador,
llora tus culpas ingratas
llora, que ellas solas son
motivo porque dilatan
a tu dureza el perdon.
¡Quién siempre te hubiera amado!
¡quién no te hubiera ofendido!
¡quién nunca hubiera pecado!
¡quién siempre hubiera vivído
contigo crucificado!
Eres mi amparo y mi guia,
mi Dios y mi criador,
mi consuelo y mi alegria,
mi Padre y mi Redentor,
y única esperanza mia.
Y para llegar á veros
por toda una eternidad,
pondré medios verdaderos,
si me da vuestra piedad
gracia para no ofenderos.

Los que no sepan leer la llevarán consigo, y rezarán tres Ave Marias y un Credo.